



EL BARCO
DE VAPOR

Cuentos muy peligrosos

Carlos Romeu



Primera edición: octubre de 2014

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto y las ilustraciones: Carlos Romeu, 2014

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MÁXIMO HABRÍA SIDO el mejor de los hermanos si no fuera porque era un chico muy, muy serio (ni siquiera le gustaba que lo llamaran Max), y tan estudioso que nunca tenía tiempo para jugar: siempre debía estudiar.



Todos los días, sin fallar ni una vez, cuando volvía a casa del cole conectaba su ordenador para pasar a limpio los apuntes. ¡Y a estudiar!



Pero aquella tarde, cuando puso el ordenador en marcha, descubrió que alguien había borrado todos sus apuntes al grabar encima... ¡cuentos infantiles! Tenía copia de seguridad, ¡pero eso no se hacía!



A whimsical illustration of a woman with curly hair and a pink dress standing in a room filled with children's toys and drawings. A yellow unicorn is on the wall, and various toys like a teddy bear, blocks, and a doll are scattered on the floor.

O sea, que ya había aprendido a ponérselos ella sola.

–Y eso que yo me guardé muy mucho de que viera cómo lo hacía. ¡Los jóvenes parece que ya nazcan enseñados! –gruñó Máximo, furioso.



»No me servirá de nada prohibírsele. No me hace ni caso, solo piensa en sus cuentos cursis de niña pequeña y ni me escucha –farfulló Máximo mientras buscaba su copia de seguridad, muy enfadado.



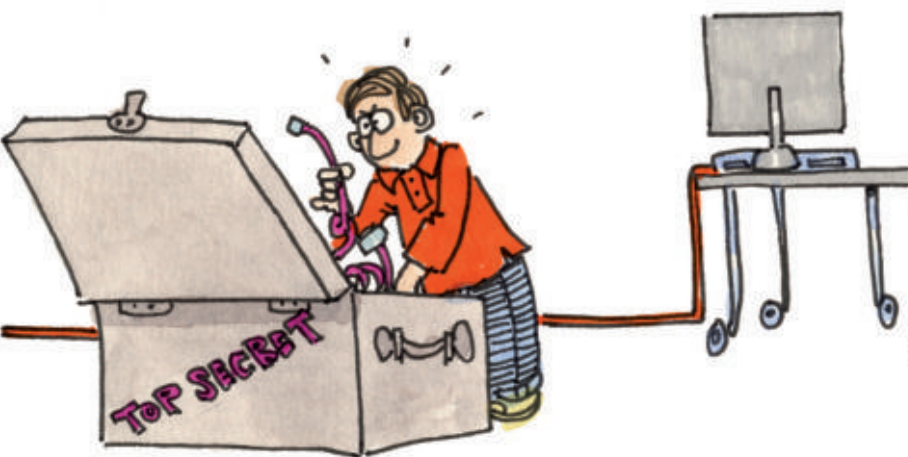
»Ni hablar de quejarse a nuestros padres, porque babea con esa niña impertinente que no se toma nada en serio. Aún me la cargaré yo, como si lo viera: «No tienes corazón, Máximo. Deja jugar a tu hermanita, ¡no todo es estudiar!».



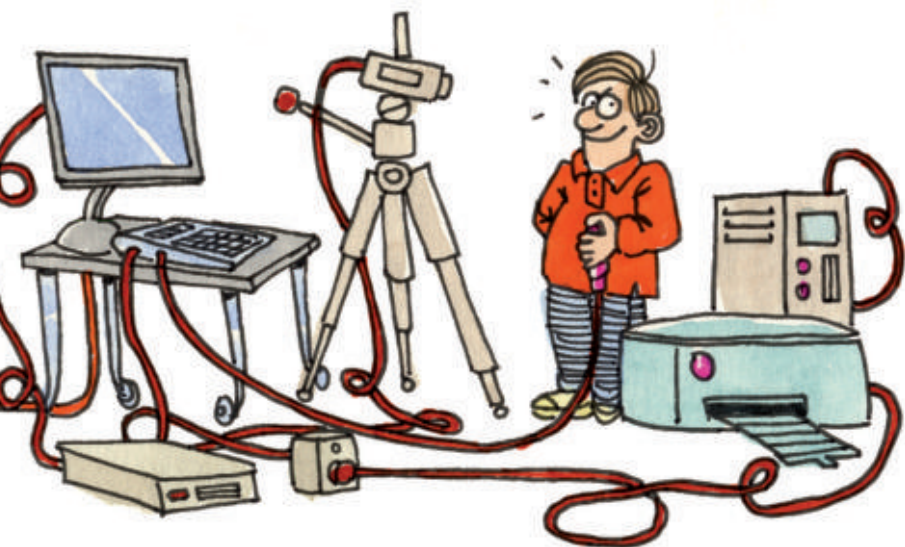
»¡Tengo que darle una lección que no se le olvide nunca! –se dijo Máximo mientras pensaba a toda velocidad.



»¡Ya sé! ¡Me grabaré en mi ordenador y, cuando Angélica lo ponga en marcha, me verá en la pantalla gritándole y se dará el susto de su vida! Seguro que ya nunca se acercará a mi mesa –soltó Máximo, muy contento con su malvado plan.



Se puso manos a la obra y pasó un buen rato conectándolo todo, revisando los cables y comprobando el circuito que iba de la cámara al ordenador. Llegado el momento, pulsó el botón de ON para grabarse.



Y ¡flops! Algo raro sucedió: la cámara lo absorbió en cuerpo y alma. Máximo se encontró de golpe dentro de su ordenador, que, por cierto, estaba infestado de cuentos.

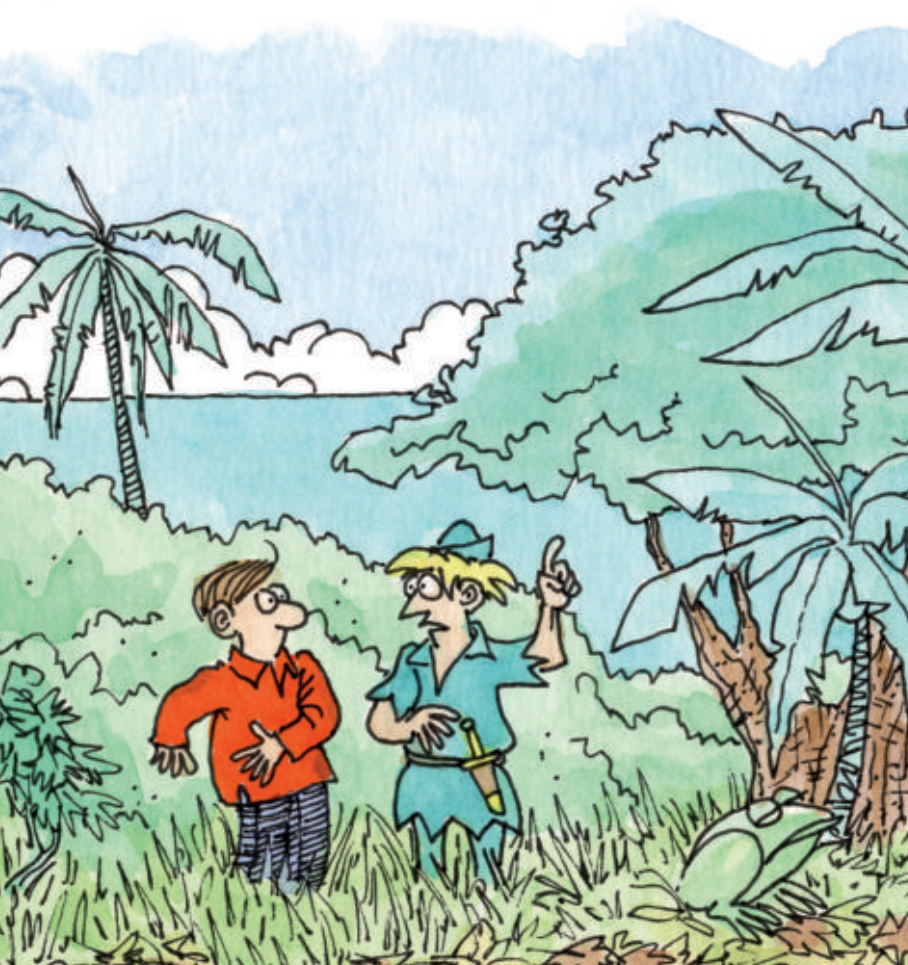


–¿Eres un pirata o un niño perdido? –le preguntó un chico vestido de verde que apareció de golpe.

–Un niño, pero no estoy perdido –le respondió educadamente Máximo–. Sé que estoy en mi ordenador.



–¿Ordenador? ¿Qué es un ordenador?
Para que te enteres, este es el País de Nunca Jamás, donde yo, que soy Peter Pan, y los chicos perdidos vivimos y luchamos contra el capitán Garfio –soltó el chico de verde, muy digno.



—¿Ordenador? No, esto no es un ordenador —musitó un conejo muy apresurado que se internó en un matorral—. Ni es el País de Nunca Jamás: este es el País de las Maravillas. Y no hay piratas: hay reinas, sombrereros locos y... ¡Oh, cielos, llego tarde!

